

**RELATOS DE URABÁ: UNA MIRADA AL PASADO Y AL PRESENTE**

**POR:**

**PAULA JULIANA TRONCOSO DIAZ**

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE COMUNICADORA SOCIAL  
CON ÉNFASIS EN PERIODISMO**

**DIRECTORA:**

**BIBIANA MERCADO RIVERA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE**

**COMUNICACIÓN SOCIAL**

**BOGOTÁ**

**2016**

## **Artículo 23**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario a la dogma y la moral católicos y porque el trabajo de grado no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## **TABLA DE CONTENIDOS:**

<b>Introducción.....</b>	<b>Página 7</b>
<b>Objetivos.....</b>	<b>Página 9</b>
<b>Metodología.....</b>	<b>Página 9</b>
<b>Marco teórico.....</b>	<b>Página 11</b>
Antecedentes de fuerzas revolucionarias.....	Página 11
Las FARC.....	Página 14
MAS y el ausentismo del Estado.....	Página 16
El conflicto en el eje bananero de Urabá.....	Página 19
El caso de La Chinita.....	Página 21
Comunicación, periodismo y violencia.....	Página 22
<b>Crónicas</b>	
Mi viaje al Urabá.....	Página 27
Nuevo Urabá.....	Página 32
El perdón de La Chinita.....	Página 35
<b>Conclusiones.....</b>	<b>Página 37</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>Página 41</b>

## **INTRODUCCIÓN:**

*Relatos de Urabá: una mirada al pasado y al presente* surgió como una iniciativa en el año 2015 para contar historias sobre Colombia. Entre el mundo de noticias en el que nos sumergimos diariamente los comunicadores, las noticias más relevantes se convierten en las que más nos afectan de manera local, y Urabá no sólo es local, sino también palpita y vive en el golfo del mismo nombre. Es una región rica por su fauna y su flora, por lo cercana que es al mar, por la calidez de sus habitantes, por su comercio bananero y por ser conocida como una de las regiones más golpeadas por el conflicto armado en Colombia.

Las historias sobre sus contadores han circulado por los menos como una manera de rescatar la memoria de lo sucedido. El Centro Nacional de Memoria Histórica, junto con otras entidades gubernamentales y no gubernamentales, han hecho un trabajo por las comunidades que allí existen, creando programas, unidades y comisiones para la elaboración de informes sobre víctimas y desplazamiento. La masacre más recordada dentro del eje bananero de la región, cuya extensión encierra a cuatro municipios, es la masacre de La Chinita. En enero de 1994 fueron asesinadas 34 personas por miembros de la guerrilla, donde las víctimas fueron señaladas como parte del movimiento político enemigo. Este episodio, que no sería el único que se presentaría en la región, es un simbolismo sobre la guerra, el conflicto, las rivalidades políticas y el involucramiento de la población civil en el fuego cruzado. La Chinita se convirtió en un punto de partida desde donde sería posible analizar la manera en que Urabá recuerda el pasado, y los procesos sociales que un suceso violento de estas características deja en la memoria colectiva.

También dentro de los objetivos se encontraba poder hacer una comparación entre el antes y el ahora, entre las comunidades de los años noventa y las del nuevo milenio. Se pretendía observar las diferencias y las percepciones del progreso económico y social que tenían sus habitantes. ¿Viven en un entorno más pacífico? ¿Qué diferencias notables hay entre las relaciones sociales ahora? ¿Qué ha hecho el Estado y las organizaciones involucradas en el conflicto para resarcirse? ¿Cómo influye esa ayuda en sus vidas? ¿Qué enseñanzas, moralejas y lecciones se originan de vivir en un entorno de conflicto constante? ¿Qué les obligó a desplazarse? ¿O qué les motivó a quedarse en vez de buscar una mejor calidad de vida en otro sitio? ¿Hay esperanza, hay decepción o hay memoria sobre lo sucedido?

Este trabajo también se convirtió en una posibilidad de explorar nuevas realidades. Son muchas las zonas de confort a las que nos enfrentamos cuando estamos reportando un hecho

desde una realidad muy parecida a la que vivimos como personas. Las zonas de confort son lugares comunes a los que recurrimos al escribir y que le quitan un elemento importante a la escritura y al hecho que se está reportando: innovación. Urabá es una realidad que aunque presente en las noticias y protagonista ocasional de algunos hechos, aún sigue siendo lejana para el resto de las zonas del país, que han pasado por realidades y actores del conflicto diferentes. La motivación de tratar el tema de la construcción de la memoria en Urabá a partir del conflicto armado, tiene sus raíces en los principios básicos del periodismo y en ese factor novedoso, hablando localmente. Como colombianos hemos vivido una realidad común de guerrillas y grupos armados por más de 50 años, pero como colombianos regionalistas, es donde las diferencias se hacen más notorias y la indiferencia puede colarse entre ellas.

En referencia al propósito de este trabajo de grado con relación a la labor del periodista, William Thomas Stead, destacado periodista inglés, habla sobre la relación de la profesión con el pueblo. “La prensa debe ser el ojo y el oído y la lengua de la gente. Este es el discurso visible, si no la voz, de la democracia. Es el fonógrafo del mundo”. Es a través de las letras reportadas, de una de las enseñanzas de la deontología periodística, donde el periodismo se convierte en una manera de expresión del pueblo, donde el reportero le da voz a los que no tiene voz y oportunidad a los que quieren tener una para hablar y expresarse sobre sus realidades. Urabá es una zona del país donde los contadores de historias abundan, como buenos conversadores de la verdad, con un toque rural, tranquilo y campesino.

Otro periodista que trata sobre la relación del oficio con el deber es Robert Fisk, quien dice lo siguiente: “Yo supongo, al final, que nosotros los periodistas intentamos –o deberíamos intentar– de ser testigos imparciales de la historia. Si hay alguna razón de nuestra existencia, la menor debe ser nuestra habilidad para reportar la historia tal como sucede, así nadie puede declarar: ‘No sabíamos, nadie nos lo dijo’”. Desde este punto de vista, no sólo este trabajo pretende rescatar a Urabá del olvido o del desinterés, sino que se une al grupo de organizaciones, entidades y personas que observan y relatan la situación en la región antioqueña para que a partir de lo sucedido, el lector interesado pueda dar cuenta de una situación inolvidable para quienes la vivieron. Una situación que replantea lo que significa vivir en comunidad y genera reflexiones sobre la indiferencia, el progreso, el recuerdo, la memoria, la violencia, la ilegalidad, la venganza, el rencor y el perdón.

Los objetivos planteados al inicio del proyecto apuntaban a un involucramiento con la comunidad más profundo, en donde después de varios procesos de observación y trabajo de campo fuese posible conectarse más con la comunidad y sus historias. Sin embargo la lejanía de la región imposibilitó esa condición, la de poder emplear más tiempo investigando, recorriendo los pueblos y conociendo a sus habitantes, por lo que el presente trabajo contiene la reporteria que se logró con un solo viaje a los sitios más importantes del eje bananero. También reúne, de la manera más humilde y clara, los testimonios y detalles a destacar sobre la región.

### **OBJETIVOS:**

- Elaborar una serie de crónicas sobre Urabá y sus contextos, especialmente sobre sus víctimas que han sido desplazadas, afectadas o amenazadas, por actores armados ilegales como la guerrilla y las autodefensas, e incluso legales como el Ejército.
- Reconstruir la problemática del conflicto armado en Urabá a través de las historias de las víctimas de la zona y de la documentación histórica sobre la violencia allí ocurrida.
- Investigar sobre la construcción de la memoria colectiva, escrita u oral, a partir de las víctimas de la violencia.
- Narrar en una serie de crónicas que permitan dar luces sobre lo que significa un conflicto armado en la zona del Urabá y la construcción de memoria a partir de ese conflicto, desde una perspectiva social, periodística y humana.

### **METODOLOGÍA:**

Para el desarrollo de esta serie de crónicas, se trabajará con habitantes de la región bananera en el Urabá. Sus historias serán el producto periodístico de este trabajo de grado, que pretende recoger diferentes perspectivas, historias, detalles, reflexiones y narraciones anecdóticas a partir de los testimonios. Para poder encontrar información sobre esas comunidades, así como conocer los antecedentes de investigación allí realizados, será necesario trabajar en conjunto con el Centro Nacional de Memoria Histórica, quienes han realizado varias investigaciones en la zona, así como otras entidades como la Fundación Cultura Democrática y la Asociación de Víctimas de Apartadó, entre otras que ayudarán a construir la base teórica y también a crear conexiones de contactos entre la comunidad

Con el fin de darle contexto al conflicto, se estudiarán los textos de Andrés Suarez, sociólogo de la Universidad Nacional quien a través de su texto *Identidades políticas y exterminio recíproco: Masacres y guerra en Urabá 1991-2001* (2007), explica desde las ciencias políticas cómo la sevicia fue una característica propia de las masacres ocurridas en Urabá. Explica sus motivos, los detonantes y agravantes de las mismas a través de cifras, hechos e investigaciones en la zona. Otro sociólogo que investiga la violencia en Colombia es Daniel Pécaut, en su libro *Violencia y política en Colombia elementos de reflexión* (2003). Este texto es una recopilación de sus ensayos, una cronología de la violencia desde el nacimiento de las guerrillas en los años 50 hasta la violencia que definimos como contemporánea, y donde primará ante todo el lado analítico y político de las guerrillas y la violencia rural en el país. Su trabajo será clave para comprender a grandes rasgos sobre el origen de los grupos subversivos. Marco Palacios también será un teórico referenciado, buscando que sus estudios y reflexiones sobre el tema arrojen luz sobre los antecedentes del conflicto armado en el país, como es el objetivo de su texto *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 – 1994* (1995).

Beatriz Sarlo, que trata el tema del rescate del pasado y la construcción del presente a través de él, será una de las autoras consultadas para darle peso al argumento de que la memoria importa con su libro *Tiempo pasado*. También otro texto que servirá como referencia, será *Memorias en tiempo de guerra*, una investigación adelantada por el Centro Nacional de Memoria Histórica que explora las iniciativas artísticas, tanto locales como nacionales, de diferentes comunidades impactadas por la violencia para recuperar la memoria, así como replantear su cotidianidad después del conflicto. O incluso, durante el conflicto. Maria Emma Wills del CNMH también tendrá basta influencia en el búsqueda teórica con su informe sobre violencia del siglo XX.

También para el campo de la comunicación se revisarán los textos sobre el periodismo narrativo como lo son *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia 1638-2000* (2009) y *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo* (2002), ambos de Juan José Hoyos quien será clave para entender la forma adecuada de abordar las historias desde lo narrativo, siendo este un trabajo de grado enfocado en personajes, experiencias y consecuencias. Otros autores de la comunicación y el periodismo, como Jesús Martín Barbero, ayudarán a dar luces sobre cómo a través de la profesión se puede llegar a contar estas historias, de una manera diferente e innovadora.

## **MARCO TEÓRICO:**

### **Antecedentes de fuerzas revolucionarias**

Las guerrillas desde sus inicios se conforman como una manera de ir contra el régimen y bajo sus motivaciones, se encuentra el concepto de la resistencia. Éstas inicialmente también cuentan con la participación de los ciudadanos en los sectores urbanos y no se desarrollan únicamente en el ámbito rural como comúnmente se cree. En sus inicios, se conforman paulatinamente en un esfuerzo por estimular el comunismo y con la intención de movilizarse de manera armada para defenderse de la Violencia, que es lo que se conoce como el choque entre conservadores y liberales en el siglo XX.

El director del Centro de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez, se refiere al conflicto armado en Colombia, en un artículo llamado *Un camino sin más muertos*, publicado por la revista Arcadia: “Es difícil lograr acuerdos con respecto al origen del conflicto armado interno colombiano. Analistas y militantes debaten si se remonta al conflicto agrario de los años treinta, a la liquidación del movimiento popular que encarnó el gaitanismo o al cierre de los espacios políticos y sociales por el acuerdo bipartidista del Frente Nacional. En todo caso, cualquiera que sea la fecha, el conflicto colombiano es el más largo de América Latina, e incluso uno de los más prolongados a nivel mundial.”

María Emma Wills, asesora de la Dirección General del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), asegura lo siguiente: “Simultáneamente, en las fronteras, surgió un campesinado independiente que, conjugado con la politización e inculcación gradual de enemistades absolutas entre liberales y conservadores y un Estado fracturado y débil, desembocaron, a través de interacciones no siempre premeditadas, en un escenario complejo donde el juego político estaba dispuesto de tal manera que podía fácilmente derivar en guerra.”

Las guerras civiles, las transiciones políticas, el cambio de un Presidente a otro y la tensión, que en otros tiempos era más latente, entre la Iglesia y el Estado –en cuestiones como la educación, por ejemplo- desembocaron en un país conflictivo, que para el siglo XX estaba descomponiéndose en el sentido político y social y el alcance del Estado sobre lo rural estaba disminuyendo.

El surgimiento de las guerrillas en los años sesenta se produce de manera simultánea en referencia al mundo urbano y al mundo rural. Dicho surgimiento es impulsado, por una parte, por el radicalismo de los sectores urbanos, salidos muchas veces de las clases medias, que hacen un llamado a la destrucción de un régimen que les parece entorpecer el advenimiento de la modernidad en todos los campos, sociales, políticos, culturales; y, por otra, por la persistencia de la violencia en las zonas rurales y la disponibilidad relativa de una parte de la población campesina para vincularse a una movilización armada. (Pécaut, página 46).

Daniel Pécaut explica el conflicto en términos de los avances de los movimientos comunistas, bandoleristas y militares en medio de la restauración del orden político con el Frente Nacional. En los años 50, más que ocuparse de la injusticia que ésta recién inaugurada democracia bipartidista crea, el despliegue de las Fuerzas Armadas centra sus esfuerzos en la eliminación de sus núcleos de autodefensa que se formaron en los tiempos de La Violencia y que se consideran una gran amenaza. Lo son, por parecerse más al comunismo que al ideal del monopolio que se elaboró con el acuerdo entre liberales y conservadores. Lo cierto es que este acuerdo realza más la lucha del poder de las clases elitistas en el país y eventualmente la Iglesia se ve involucrada pero no interesada en luchar contra estas fuerzas comunistas en el país.

Esta alianza de elites se le conoce como la Santa Alianza de las elites, que encuentra a sus opositores en los que quieren volver a las maneras políticas que se tenían antes de 1948. “El Partido Comunista, que acaba de salir de una clandestinidad a la cual lo habían obligado tanto la Violencia como una declaración de ilegalidad producida por el general Rojas Pinillas, se encuentra sobre todo interesado en reconstruir sus bases y en conformar un apoyo electoral aliándose para ellos con las listas de los liberales o del MRL [Movimiento Revolucionario Liberal]” (Pécaut, página 49). Este Partido Comunista se establecería como uno que quería combinar la lucha armada contra la lucha política en un contraste con el monopolio político que tenían los conservadores y los liberales. Así reivindicaban la importancia y la fuerza de la lucha campesina.

Sin embargo, la invocación a la lucha armada se puede encontrar no sólo en los pequeños movimientos de izquierda y nacen y tienen muerte cuando se topan con el régimen, sino también está distribuida por el país en diferentes sectores. Grupos como el MRL, el MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino), así como algunos creados por Pedro Brincos y Eduardo Franco, que son antiguos guerrilleros liberales, carecen de una conexión centrada con el movimiento campesino y la modernidad comunista e intelectual que desde su posición de estudiantes podrían ofrecer. “La práctica de la lucha armada en un medio campesino no es necesariamente revolucionaria”. (Pécaut, página 52).

El ELN, a partir de su creación en 1962, es uno de los primeros grupos radicales en alzarse en armas y durante sus primeros años, cuenta con la participación extensa de una porción de integrantes estudiantiles entre los que destacan Julio César Cortés, presidente de la FUN (Federación Universitaria Nacional) y Víctor Medina Morón, o mejor conocido como Jaime Arenas. A pesar de estas infusiones intelectuales, la tensión entre los miembros antiguos y los estudiantiles se convirtió en una bomba de tiempo, y pronto muchos de estos estudiantes guerrilleros son asesinados en juicios internos del ELN: la conexión ideológica entre lo rural y lo urbano se rompe de manera progresiva.

Después de varios años de intentar establecer bases fuertes en los campos rurales, además de las disputas internas que impiden que se compacte más como una fuerza sólida, el ELN pasa por una etapa de debilidad cuando entra al Urabá. “Las Fuerzas Armadas los rodean, eliminan a más de setenta de sus miembros y hacen numerosos prisioneros. [...] Durante la segunda mitad de los años setenta, el ELN queda reducido a un pequeño núcleo de cincuenta miembros aproximadamente”. (Pécaut, pág. 55). Alrededor de 1967 también empieza constituirse estrictamente el EPL (Ejército Popular de Liberación) que tal como sus homólogos, se organizaría a partir de ideologías comunistas con la mezcla de varias figuras que en el pasado estuvieron entre las filas revolucionarias de otras organizaciones, como la del Partido Comunista y la Juventud Comunista.

El Ejército Popular de Liberación en principio se establece por zonas del departamento de Córdoba y su postura se vuelve cada vez más radical, al punto de que cualquiera que no esté con la revolución, es porque está contra ella. El hacinamiento de estas tropas en el Sinú propicia que

estudiantes, campesinos y otras fuerzas revolucionarias de la zona se unan a la causa. Pero lo que al principio se formuló como “poder popular”, adquiere matices de comportamiento forzado en tanto se eliminan las libertades de pensamiento que se inclinen hacia lo burgués. Pronto los campesinos se ven obligados a mermar en la comercialización de su producción, dado que ésta era controlada por el EPL.

Por medio de una política más estricta e idealista, la relación entre los revolucionarios y los civiles se torna difícil en el momento en que los guerrilleros no son representativos de sus ideales. Encuentran similitudes entre los regímenes que los partidos tradicionales políticos, además de la Iglesia, habían impuesto en las épocas de la Violencia y la ideología guerrillera. Diez años luego de su creación aún estaban lejos de representar un potencial militar destacable o una liberación en sus zonas de control e influencia.

### **Las FARC**

En cuanto a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), su proceso de creación lleva una corriente distinta, no muy alejada, de las dos anteriores organizaciones mencionadas, pero que surge por las siguientes razones:

La primera tiene que ver con la cronología oficial: las FARC sólo se constituyen abiertamente en 1966 y la decisión se debe en parte a la preocupación por responder al surgimiento de otras organizaciones. La segunda, más significativa, es que para este grupo cuenta mucho menos la radicalidad urbana que se definía ampliamente en oposición a la línea del Partido Comunista. Y, precisamente, las FARC se forman explícitamente como prolongación de las autodefensas campesinas y bajo la tutela del Partido Comunista ortodoxo. (Pécault, página 59).

Las FARC se parecen a otras organizaciones, como el Partido Comunista, en tanto su esencia será local al principio. Partieron de la base del abstencionismo en las elecciones y siguiendo con el propósito de proteger sus tierras y mostrarse interesados ante la posibilidad de una reforma agraria. Su influencia es rural, y el departamento de Tolima en los años cincuenta se convierte en un epicentro de las fuerzas guerrilleras. Las columnas en marcha, como se les denominaba a los indígenas y campesinos que se defendían de las amenazas e intrusiones en sus tierras, en sus

inicios no tenían más que un propósito defensivo pero con el tiempo adquirieron un matiz alejado de los liberales. Allí también nacen los líderes, cabecillas guerrilleros como Manuel Marulanda Veléz e Isauro Yosa, que van extendiendo su influencia por Huila y Tolima en las zonas rurales más apartadas. A pesar de los esfuerzos del Estado, como el de Rojas Pinilla en 1954, o el del Frente Nacional a manos de Álvaro Gómez Hurtado, líder conservador en 1964, las migraciones de campesinos hacia zonas deshabitadas se mantuvieron e incluso aumentaron.

A este fenómeno se le llama Colonización armada, dado que empieza una territorialización de la guerrilla sobre tierras de campesinos en las zonas del Huila y del Meta. Es importante que no se tome a los que apoyan la guerrilla como pertenecientes a ella: los civiles están en medio de disputas y lidian con una fuerte presencia del vandalismo, tanto del que está aliado con los jefes políticos locales como del que no. Aunque el Estado hace presencia, esta es mínima y suele hacerlo a través de un inspector de policía que tiene que ponerse al servicio de los partidistas o los propietarios de esas tierras usurpadas a los campesinos. “La violencia, pues, está siempre allí y revive las huellas de violencias anteriores. En estas condiciones, muchos colonos perciben el alineamiento que hace la guerrilla como una barrera de protección”. (Pécaut, pag. 63).

La guerrilla particularmente impone no sólo su dominio que sino también impone sus propias reglas, delimita el territorio e intervienen en el comercio. La población civil, a pesar de la miseria, el control y las luchas contra otras redes que esto conlleva para que la guerrilla mantenga su poder territorial y rural, termina por aceptarlo. Sin embargo, esto también genera cierta resistencia por parte de los indígenas y otros grupos sociales que van originando grupos de autodefensas, no sólo en las regiones en las que inicialmente se han establecido (Huila y Tolima) sino también en las que se han expandido.

Para la década de los 60, las FARC se reúnen para “coordinar la acción de las diversas guerrillas” (Pécaut, pág. 65) y se permiten algo de independencia con respecto al Partido Comunista que aporta la ideología. Si bien alegan la pérdida del 70% de su arsenal, en los años siguientes continúan creciendo en su implementación y expansión. Por ese tiempo sus acciones se limitan a emboscadas fugaces a puestos de policía. En sus apariciones públicas afirmaban también que pretendían convertirse en una fuerza que pudiera ascender al poder.

Con las FARC ocurre una particularidad y es que por los tiempos de su creación, consiguieron ampliar su influencia por el contexto rural que los rodeaba: “La

colonización espontánea, si bien desborda ampliamente sus zonas, crea sin embargo condiciones favorables para la expansión de su influencia. [...] Disponen además del prestigio simbólico adquirido en los diferentes momentos de la resistencia contra los regímenes sucesivos.” (Pécaut, pag. 66)

Este grupo constituye en sus inicios una extensión del Partido Comunista que no se reduce solamente a las confrontaciones armadas en las que están involucradas, sino que también pretende ser una fuerza política a largo plazo con amplia influencia en las ciudades, aunque en sectores específicos acompañados de limitaciones. Puede hacerle competencia a los partidos políticos tradicionales a través de historias de guerra de sus líderes que provienen, salvo por excepciones, del campesinado. En su accionar se distingue más una inconformidad que un verdadero poder revolucionario, que se expresa a través de unas políticas rurales exigentes, la invasión a la tierra y un intento no destacable por parte del Partido Comunista al que pertenecían por modernizar y cambiar la perspectiva de Colombia. Trataban de convertir al país en uno renovado, una iniciativa que tuvo competencia con los sindicatos obreros pero agrega, al menos al principio, a la población urbana dentro de sus propósitos.

### **MAS y el ausentismo del Estado**

Para los años ochenta, el país vivía en su máxima expresión una violencia sin precedentes. Con la llegada de Belisario Betancur a la presidencia, empiezan los primeros intentos del gobierno por lograr un diálogo con las guerrillas. “En los meses de campaña [Belisario Betancur] propuso al país una nueva comprensión del conflicto; habló de las condiciones objetivas (injusticia y desigualdad) que servían de contexto a la rebelión armada y, al reconocer a las guerrillas un nivel de representación política, pudo entonces proponer un diálogo con ellas.” (Wills, pág. 30) Sin embargo este ambiente de diálogo se desarrolló en medio de tensiones y los que no estaban de acuerdo provenían, en parte, del Ejército, que creó una especie de “autonomía militar” clandestina.

La polarización por la inclusión o no las guerrillas en la vida política del país, creció casi de manera exponencial y a la par del negocio de las drogas ilícitas. “En medio de señales contradictorias y de la creciente polarización, tanto quienes desde la orilla institucional se oponían a las mafias producto del narcotráfico y a las alianzas clandestinas, como quienes

provenían del campo de las izquierdas y criticaban la combinación de todas las formas de lucha, terminaron asesinados o exiliados” (Wills, página 32).

Pese a los esfuerzos para integrar a las guerrillas y las fuerzas divergentes en la política colombiana a través del diálogo –o por lo menos su iniciativa-, pronto esta tensión derivó en que las instituciones gubernamentales perdieran más poder en los ámbitos regionales. Un ejemplo para clarificar ese aspecto, al que María Emma Wills se refiere es el diseño institucional de la Elección Popular de Alcaldes, que rige desde 1988, y que “en principio, sus gestores imaginaban que por esta vía, con nuevos canales de expresión para los reclamos sociales y políticos, la violencia disminuiría. Infortunadamente no fue así. Desde un primer momento, en 1988, la EPA quedó engullida en las dinámicas armadas que no cesaron sino que se incrementaron con su aprobación”.

Con la falta de autoridad del Estado en las regiones, especialmente en el ámbito rural, empieza una confrontación entre el narcotráfico y las guerrillas que detonaría en la creación de Muerte A Secuestradores (MAS). Es el primer grupo paramilitar a grandes escalas que tuvo sus orígenes a finales de los años setenta y a principios de los ochenta, a partir de la financiación de narcotraficantes y empresarios en él, para ir en contra de las guerrilla, que interfería en sus actividades ilícitas. “El 12 de noviembre de 1981, Luis Gabriel Bernal Villegas, miembro de un comando del M-19, secuestró a Martha Nieves Ochoa, hermana de Fabio, Jorge Luis y Juan David Ochoa, miembros del Cartel de Medellín. El secuestro de la hija de “Don Fabio”, como era conocido en el mundo de criadores de caballos de exposición del país, fue el motivo de la reunión en la que se conformaría el primer grupo de autodefensas.” (Verdad Abierta, 2011).

El MAS se creó entonces como una suma de varios entes que querían combatir por medio de la clandestinidad y la ilegalidad a los grupos guerrilleros. Las Fuerzas Armadas se agregaron cuando éstas rechazaban a los intentos de negociación con las guerrillas, que en ese momento se incentivaba por parte de Belisario Betancur y su campaña de gobierno y continuó con los presidentes siguientes.

“A estos tres actores –guerrillas, finqueros y mafias—se le sumaron tres más, viejos terratenientes de la zona, algunos políticos y la corriente militar que se sintió traicionada por los diálogos emprendidos por los distintos gobiernos de esa década. Esa oficialidad militar que leía las conversaciones como una forma de entregar el

país a las guerrillas, decidió librar la guerra de manera clandestina y, haciendo uso del marco legal existente, acompañó la formación de grupos de autodefensa. La combinación de este marco interpretativo con esos diseños institucionales fue explosiva pues provocó la expansión del paramilitarismo aun en el marco de una nueva constitución.” (Wills, página 34).

Los grupos de autodefensa, pronto comenzaron a salirse de control en medio de su expansión. El portal Verdad Abierta reporta al respecto: “El conflicto se recrudeció luego de la aparición de este grupo de autodefensas que empezó a expandirse a diferentes regiones del país: Caquetá en el Magdalena Medio, Meta, el nordeste antioqueño, Arauca, Casanare y el Valle. Cada vez eran más recurrentes los secuestros, torturas, desapariciones, y asesinatos de guerrilleros o sospechosos de simpatizar con ellos, que demostraban la seriedad del grupo antsubversivo.”

En 1982, cuando el proceso de desmovilización con las FARC estaba adelantándose por medio de leyes de amnistía que aseguraba que los guerrilleros podrían reintegrarse a la sociedad bajo los beneficios de la ley, surgió un nuevo partido que interfirió en la dinámica de MAS. “El brazo político de las FARC y desmovilizados de otras guerrillas, crearon la Unión Patriótica, UP, partido político que se convirtió en el principal objetivo de las autodefensas del MAS. En el Meta, centro de influencia de las FARC y objetivo de control paramilitar entre 1986 y 1988, ya habían sido asesinados más de 300 líderes de la UP, crímenes imputados en la mayoría de los casos a los miembros del MAS” (Verdad Abierta, 2011)

Pese a ser objeto de uno de las masacres políticas más recordadas por el país, las FARC continuaron siendo una fuerza consistente en el ámbito rural, en las zonas con menos densidad poblacional. “El secreto de la longevidad de las organizaciones locales de las FARC podría residir en una combinación de táctica guerrillera, sedimentada por la experiencia de casi medio siglo, y clientelismo armado. El ‘centralismo democrático’ leninista que heredaron del Partido Comunista, férreamente aplicado, ayuda a explicar por qué, pese a la extraordinaria fragmentación geográfica de sus redes y combatientes, las FARC mantienen una nítida unidad de mando.” (Palacios, 1995)

## **El conflicto en el eje bananero de Urabá**

Apartadó, Carepa, Chigorodó y Turbo son considerados los cuatro municipios que pertenecen al eje bananero de Urabá. En 1995, la extensión de la zona comprendía 4.643 km<sup>2</sup> donde el 50,8 vivía en el área rural y el porcentaje restante residía en áreas consideradas urbanas. Según el último censo registrado en 2012 por el DANE, se demuestra que 610.846 viven en total en la región del Urabá y ha sido históricamente una de las regiones más golpeadas por el conflicto armado en el país. No sólo por su densidad poblacional sino porque se han presentado dinámicas de violencia especiales, por la inclusión de la guerrilla y la fuerte presencia de los paramilitares en la zona.

Urabá fue objeto de estudio de varias organizaciones a mediados de la década de los 90's, como el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), la Fundación para la Educación y Desarrollo (FEDES), Consejería en Proyectos para Refugiados Latinoamericanos y Heks, entre otras, quienes en esa década elaboraron un informe llamado *Uraba: El mayor éxodo de los últimos tiempos*. Este se elaboró como un “análisis de la situación de derechos humanos y desplazamiento”, que dice lo siguiente sobre los municipios entendidos como el eje bananero de Urabá:

El conflicto presentado en esta subregión tiene sus antecedentes en el enfrentamiento de intereses económicos del gremio bananero y de los movimientos populares. Si bien en un principio el origen se basó en el conflicto por la tierra al igual que en el norte urabaense, donde los líderes comunitarios tenían gran desventaja porque el latifundista ha basado siempre su poder en el acceso que tiene al poder local y en otros casos al poder de grupos armados” (1995)

En el marco de la economía bananera y el nacimiento de los primeros sindicatos, la violencia en esta subregión se expresó en los años 70 por medio del apoyo que daba la guerrilla a grupos organizados de sindicatos como Sintagro. El apoyo provenía del componente militar del Ejército Popular de Liberación, grupo guerrillero que se desmoviliza hasta 1991, por lo que esta época de conflicto inicial tiene su mayor protagonismo en los años 80s. “[Este periodo] se distingue por el nacimiento de la guerra sucia dirigida contra líderes de movimientos políticos [...] que supuestamente para el estado tenían vínculos con la guerrilla” (La Misión, 1995). Hacia la

década de los 90, el paramilitarismo entra como otro factor mucho más dominante, obligando a familias de barrios populares a desplazarse por la situación de violencia. “El paramilitarismo en el eje bananero tiene una tendencia hacia la desarticulación total del movimiento de izquierda y a propiciar un juego político donde las fuerzas de derecha se fortalezcan”. Estas fuerzas paramilitares, que reciben poca atención del Ejército que centra sus operativos en la guerrilla casi exclusivamente, adquieren mayor influencia al ser apoyadas por influencias de derecha. Influencias cuyo interés radica en la guerrilla sea exterminada y el control territorial pueda ser reestablecido, por medio de “objetivos, fases y metas predeterminadas y con el establecimiento de bases de operaciones completamente dotadas” (La Misión, 1995).

La intervención de la democracia, entendida como los representantes políticos elegidos por el pueblo (alcaldes y otros funcionarios públicos), es ineficiente y tiene un papel menos protagónico en comparación con los demás actores del conflicto. “Igualmente pesa en este proceso la aptitud transparente y desarraigada de una región de características multiculturales y que vive alejada de la presencia del Estado, sin infraestructura pública y sin procesos eficaces de seguridad y justicia que regule el mismo conflicto”. Esto no quiere decir que no hubiese iniciativas y que la población civil no hubiese tenido maneras de expresarse, en pos de detener la violencia y hacerse escuchar. *Urabá: el mayor éxodo de los últimos tiempos* resalta dentro de sus conclusiones que:

Los esfuerzos realizados por organizaciones de la sociedad civil (Alcaldes, partidos políticos, movimientos sociales, movimiento obrero, Iglesia, organismos de derechos humanos) para buscar salidas políticas, negociadas y civilizadas al actual conflicto no han logrado torcer el brazo y las voluntades de los violentos. Seminarios y talleres, foros abiertos, consejos de seguridad, comisiones nacionales e internacionales, llamados a una tregua en los combates, no han logrado detener la ola de atentados contra la vida. (La Misión, diferentes organizaciones, 1995, pág. 19)

La falta de recursos a la hora de afrontar las consecuencias de la violencia, especialmente el desplazamiento, hace más difícil la labor de recuperación social y aleja más la problematización de su solución real. El desarrollo regional se deja de lado para asistir a las inconvenientes y conflictos más inmediatos, dejando campo para que las militarizaciones se manejen sobre los

territorios sin control ni intervención. La población, además, ha dejado de creer en las autoridades oficiales como fuente de justicia o siquiera de estructura, por lo que es menos común la denuncia de casos violentos que los hechos violentos en sí. La violación de los derechos humanos por parte de los sectores armados, “ha generado un panorama de violencia mucho más complejo por las acciones militares indiscriminadas de los organismos de seguridad contra la población civil y por connivencia con las estructuras paramilitares”. (La Misión, 1995).

### **El caso de La Chinita**

El año de la masacre de La Chinita representaba para Apartadó un año electoral decisivo donde las fuerzas políticas del pueblo, alimentadas ideológicamente por la Unión Patriótica (UP) y Esperanza, Paz y Libertad (EPL), estaban en pleno auge. La UP tenía 6 de las 14 alcaldías de Urabá y gran presencia en Apartadó, en el sur de Urabá y en el Atrato, mientras que el movimiento EPL tenía posibilidades para “convertir su capital político acumulado en capital electoral” (Suárez, 1995). Ambos eran movimientos políticos originados a partir del desarrollo de ideas y otros procesos sociales de las guerrillas, ganando peso en el ámbito político de Urabá por medio de elecciones y otros representantes políticos en puestos de importancia. Entre los dos partidos políticos existía una rivalidad más profunda que la de los partidos convencionales, que haría parte de las causantes de una de las masacres más importantes del Urabá.

Los presagios de una enemistad absoluta en su configuración límite dentro de un año electoral empezaron a materializarse el 23 de enero de 1994 cuando la guerrilla de las FARC perpetró una masacre en el asentamiento La Chinita del municipio de Apartadó con un total de 34 víctimas fatales (la segunda masacre más grande en la historia de Urabá luego de la desaparición forzada de 42 campesinos en el corregimiento Pueblo Bello por parte de los grupos paramilitares en enero de 1990). Un hecho violento en uno de los principales epicentros político-electorales del movimiento Esperanza, Paz y Libertad y además en el centro político de Urabá: Apartadó. (Suárez, 1995)

La masacre de La Chinita era el simbolismo de una rivalidad entre dos partidos, que pretendían ganar poder político por medio de los votos, pero sin impedimentos para recurrir a

métodos violentos y las masacres como señales de advertencia y mensajes directos hacia sus contrincantes. Este acontecimiento marcó una época donde el exterminio político era la prioridad y los índices de criminalidad no sólo fueron exponenciales con el paso de los meses, sino que también se expandieron por el territorio como una forma de retaliación y respuesta generalizada entre actores armados.

La Chinita no estaba dentro de las primeras masacres hechas en la región, pero sí representó la materialización de los alcances de la guerra política en donde la relevancia estaba en dominar al otro partido contendor. Dentro del marco de la guerra, La Chinita fue importante por su número de víctimas, con pocos actos de violencia en la historia de Urabá que puedan comparársele, y también porque su fecha fue próxima a elecciones al Congreso de la República, que se daría en marzo de ese mismo. Sin embargo las perspectivas a partir de la masacre se centraban en su ámbito local, más no nacional, y se traducían a una expresión aún mayor de violencia en los pueblos del eje bananero. “Esta prospectiva de exterminio recíproco tuvo una mayor probabilidad de materialización luego del dismantelamiento de la dirigencia política regional de la UP, bajo la sindicación de autoría intelectual de la masacre de La Chinita”. (Suárez, 2007) El alcalde de Apartadó entre 1992 y 1994, Nelson Campo Núñez así como líderes políticos y representantes a la Cámara y los alcaldes de Chigorodó y Turbo, fueron imputados por cargos relacionados con la masacre.

### **Comunicación, periodismo y violencia**

Según la bibliografía que se ha consultado sobre Urabá, la mayoría de trabajos de grado se enfocan desde el campo de las ciencias políticas o antropológicas para hablar sobre el conflicto armado en la región. Desde la comunicación, Urabá ha pasado desapercibido en la investigación estudiantil, en tanto parece ser una problemática que sólo se le otorga a las ciencias políticas por ser un encuentro constante de varios bandos por el control de un mismo territorio. Su conceptualización así como su teorización son necesarias para entender el conflicto en Colombia.

Para explicar cuál sería el aporte del trabajo hacia la comunicación, es importante trazar lo que significa comunicación y así poder definir qué relación hay entre Urabá, su violencia, la prensa y los procesos comunicativos. Se enfatiza en algunos teóricos que no hay un modelo ‘claro’ para definir lo que es comunicación concretamente puesto que es una rama de las

humanidades que no siempre se reflejan en la realidad de la misma manera. Sin embargo, Jesús Martín-Barbero plantea en uno de sus ensayos *Los oficios del comunicador* una visión profunda de este concepto entendida desde dos facetas, que el autor explica: “[La comunicación] significa hoy el espacio de punta de la modernización, el motor mismo de la renovación industrial y las transformaciones culturales que nos hacen contemporáneos del futuro” (Martín-Barbero, página 21). En este sentido la comunicación se enlaza con la modernidad en tanto la primera es el camino para alcanzar las áreas tecnológicas, informáticas, educativas y empresariales que no se han desarrollado aún. Sin embargo, también lo ve desde el lado contrario al decir que “[...] es también hoy sinónimo de lo que nos manipula y engaña, de lo que nos desfigura políticamente como país y de lo que nos destruye culturalmente como pueblos” (Martín-Barbero, página 21). La comunicación es un campo voluble que no sólo se expresa a través de los procesos tecnológicos en medio de la modernidad sino también se utiliza como una manera enajenadora de dar un mensaje o intercambiar información y como menciona Martín-Barbero “para la derecha, [es] la expresión más visible de la decadencia cultural y la disolución moral”. La decadencia de Urabá puede verse reflejada a través de los testimonios de su gente, quienes podrían rebatir, reafirmar o argumentar la idea preconcebida de que la región es un territorio peligroso y aún conflictivo.

Marshall McLuhan, Quentin Fiore y Jerome Agel refuerzan esta teoría en su libro *El medio es el mensaje* donde dicen “El ambiente como procesador de la información es la propaganda. La propaganda termina donde empieza el diálogo. Usted debe dirigirse a los medios, no al programador” y más adelante continúa “El medio, o el proceso, de nuestro tiempo –la tecnología eléctrica- está remodelando y reestructurando los patrones de la interdependencia social y cada uno de los aspectos de nuestra vida privada.”

Para Michel de Certeau la concepción del discurso comunicativo como tal es más lingüístico, a diferencia de otros autores como Pierre Bordieu que la incluyen como una manera de manipulación, es también “el carácter gratuito y de don que tienen muchos de nuestros actos culturales y lingüísticos; la comunicación es estrategia, pero también es cooperación y donación; es reproducción, pero también es reconstrucción, reelaboración e incluso invención a partir de materiales preexistentes.” (Alonso, página 12). Aquí, referidos al tema, se refiere a la intervención de entidades como el Centro Nacional de Memoria Histórica quien entró a reparar

a las víctimas y a indagar sobre lo ocurrido para que el tejido social perdido pueda volver a reconstruirse.

En la comunicación, varios de esos modelos incluyen como primer punto la comunicación de masas que se instituye desde el boom de la publicidad propiamente dicha en el siglo XX y finales del XIX. Las empresas en crecimiento luego de la revolución industrial en numerosos países se esmeraron por encontrar una manera de que sus productos llegaran a más oídos y ojos, por lo que se plantearon las primeras técnicas para ganar la atención de las masas. La comunicación son los medios. John Thompson en *Los media y la modernidad* también habla al respecto “En la actualidad es frecuente oír que la comunicación es una forma de acción. Incluso desde que se observó que pronunciar una expresión es ejecutar una acción y no meramente informar o describir algún estado de cosas, somos más sensibles al hecho de que hablar un lenguaje es una actividad social a través de la cual los individuos establecen y renueva las relaciones que mantienen unos con otros.” (Pág. 27) Los lazos que se generan entre las comunidades, como Asovima, una entidad que empezó con familiares de las víctimas de la masacre de La Chinita, son manifestaciones de comunicación y apoyo moral y emocional entre ellas, que hacen que la labor del comunicador al indagar sobre estas conexiones tenga un sentido.

Stella Martini la define, a la comunicación, como “un proceso de construcción de sentido históricamente situado, que se realiza a través de discursos verbales y no verbales, y atraviesa de manera transversal las prácticas de las sociedades” (Martini, 2000). En este caso, difiere de los demás autores exceptuando a Thompson en tanto su enfoque es más general y se centra en las dinámicas que la sociedad crea para conectarse entre sí.

El concepto de comunicación aquí aplicado es complejo y cada autor tiene una adición que hacer a la teoría. El trabajo de grado que se presentará pretende aplicar estos modelos establecidos en la situación en Urabá a través de un análisis concienzudo, el interés de dos partes por una tercera y las masacres y amenazas entendidas como una forma de “expresión” de la violencia, con un mensaje intrincado más profundo de lo que los medios han retratado. Lo anterior se logrará a través de la aplicación de un proceso comunicativo que pueda dar explicación a las atrocidades, no sólo a los motivos políticos detrás, sino también desde la percepción de la población como víctima.

Con periodismo se pretende entonces alcanzar ese nivel de entendimiento con la comunidad, pero el término como tal debe ser esclarecido. El periodismo para ese entonces no era considerado “comunicación” propiamente dicho y el concepto de veracidad e información imparcial no se instituyó hasta mucho después por los académicos. Uno de los conceptos que prima en el periodismo más que cualquier otro, y que es más moderno que constituido desde los orígenes del periodismo con la creación de la imprenta, corresponde a la veracidad y la imparcialidad. Según Bill Kovach y Tom Rosentiel, el concepto de veracidad en esta área no estaba necesariamente relacionado con las noticias, por lo que es un concepto que puede cambiar, ajustarse, adaptarse y aplicarse dependiendo de la situación, hecho o faceta que se quiera reportar. (Kovach, Rosentiel, página 19). No quiere decir que debe ajustarse a los intereses del periodista o del medio para el que trabaja, sino que el periodismo, dentro de su teoría, tiene múltiples aceptaciones como su homóloga, la comunicación.

Martini también tiene una definición del periodismo que habla sobre las influencias externas: “Como en todo oficio o profesión, en el periodismo entran en juego opiniones, representaciones del mundo y de la propia tarea, prejuicios y adscripciones a un estilo, un género, una empresa, una ideología determinados. Es una práctica investida de tanto poder que da la información como de su capacidad potencial para aportar al ejercicio de la ciudadanía.” (Martini, pág. 25) Dentro de todo, el periodismo no trabaja solo y puede estar inmiscuido en varios ámbitos, siempre que sea una herramienta que permita a los ciudadanos mantenerse informados. Se enfatiza, sin embargo, que el periodismo estará atado a una empresa que lo mantenga y una ideología. Silvia Pellegrini tiene una visión similar en Políticas de información: “La función periodística posee un ámbito de acción propio que es diferente al de la publicidad: la primera apela al entendimiento, en tanto que la segunda, a la voluntad. Sin embargo, tienen, en los medios de comunicación, una interrelación en la que la publicidad depende de la objetividad periodística para vender y el periodismo, de la venta publicitaria para financiarse.” (Pág. 183).

Al hablar de periodismo, Pierre Bordieu se refiere a él como campo periodístico: “[...] es sede de una lógica específica, propiamente cultural, que se impone a los periodistas a través del entramado de coerciones y controles al que se obligan a someterse unos a otros cuyo respeto (a veces designado como deontología) fundamenta las reputaciones de honorabilidad profesional.” (Bordieu, pág. 106), y en general, la posición de este autor resalta que los periodistas están más inclinados a adoptar “el criterio de los índices de audiencia” entre más alto sea el cargo que

ostentan, no siendo así con los periodistas jóvenes que suelen mantenerse sus principios en oposición a las políticas realistas de los veteranos.

Lorenzo Gomis habla sobre el concepto nato del periodismo en términos más filosóficos: “Se suele definir el periodismo como la actividad del periodista y al periodista como profesional de la información y un poco más [...], es un fenómeno de interpretación, y más exactamente un método para interpretar periódicamente la realidad social del entorno humano, método que comporta unos hábitos y unos supuestos” (Gomis, pág. 36). La palabra interpretación es recurrente en tanto no significa que el periodismo sea una narración totalmente fiel de lo que ocurre en un lugar, con una persona o una situación específica, sino que los medios toman una foto, vídeo o describen con palabras lo que desentrañaron con su investigación periodística.

A través del conflicto armado, Urabá pretende convertirse en un motivo para replantear lo que significa cubrir una guerra en Colombia no desde los intereses políticos, o desde la sociología o desde la ciencia política sino desde el periodismo entendido como la verdad dicha, expuesta a una audiencia que querrá escuchar lo que el periodista tenga que decir. Los autores reiteran que los medios siempre estarán sujetos a intereses externos o alguna influencia ajena, ya sean los motivos económicos, las ideologías particulares del periodista o del medio. Sin embargo, estas vertientes que influyen sobre el periodismo pueden manejarse y vencerse a través de este trabajo de grado emulando hacia el principio básico del periodismo, que es la búsqueda de la verdad y su interpretación de ella. Es una pieza que pretende convertirse en un ejemplo de lo que significa practicar el oficio con dedicación y una visión clara sobre la realidad, no la que está afectada por intereses, sino la que ocurrió genuinamente.

Muchas de estas voces han sido puestas a prueba a través de episodios que marcaron la vida de muchas personas. Su territorio, su familia, su vida y todos los aspectos posibles fueron afectados, influenciados, amenazados y aterrorizados por grupos paramilitares así como entidades del Estado incluso (ya que el Ejército también realizó masacres importantes en la zona) y la población se vio en medio de un conflicto donde las balas se intercambiaban entre bando y bando tan seguido, que era imposible en algunos casos saber de quién venía la retaliación.

La pertinencia social está enfocada en la reparación de las víctimas y en la investigación de lo sucedido, en tanto se pretende que un cubrimiento profundo, de crónicas que relaten la experiencia, sirva para dar atención a este tipo de problemáticas de lo que mucha gente o no tiene conocimiento o no se interesa lo suficiente porque no está en su zona de confort. Además, contar

la experiencia podría significar un avance más cerca hacia el perdón o el cierre de estos trágicos episodios donde las víctimas pueden contar, bajo anonimato si es necesario, lo que sucedió verdaderamente. El hecho de que el conflicto se haya ralentizado actualmente podrían envalentonar a las voces para que se envalentonen y la verdad más clara, así como los casos particulares de familiares de desaparecidos, no quede en el olvido.

## **CRÓNICAS:**

### **Mi viaje al Urabá:**

Recuerdo que la primera vez que llegué a Urabá fue de la misma manera que la última vez que estuve allí. Desorientada, con los ojos aún atrapados por el sueño, en medio de la mañana que en ese momento era una de enero de 2008. Nos habíamos contactado con los primos que vivían allí a través de internet y ya habíamos mantenido varias conversaciones por chat, después de saber de su existencia varios meses atrás. Fue cuestión de tiempo antes de que nos invitaran a pasar unos días en la lejana Urabá... lejana, para mi papá, para mi mamá, para mi abuela materna y para mí, que pasábamos en enero vacaciones en el calor de Bogotá.

Aquella mañana de 2008, salió Céfora, la dueña y señora, a recibirnos desde el interior de la casa de una finca que en los años siguientes se convertiría en una construcción de dos pisos. Mi abuela María me siguió poco después; y mi mascota, detrás de ella. Mis padres estaban a diez minutos de llegar, pues habíamos viajado separados.

Veníamos desde Medellín, después de viajar toda la noche, en camiones de carga, dado que uno de mis primos, Miguel, trabajaba en ese gremio y nos ayudó a trasladarnos. La finca de Céfora Morales y sus cinco hijos, asentados allí desde hace más de tres décadas, es una finca en medio del mar verde, vibrante e infinito que la rodea. Tan fuerte y estable como la cima de una montaña. El cacareo de los pájaros y los animales alrededor es una sinfonía que empieza fuerte en la mañana, con gallos proclamando temprano la llegada el día, pero en la noche, se limita a ser un ruido de fondo bajo y arrullador.

Después comprendería que el verdadero protagonista no serían los pájaros y el gallo cantando desde las seis de la mañana, sino que los mosquitos, sigilosos y pequeños paseándose por los cuartos en las noches, reclamarían mucha más atención. Y no de manera agradable.

Al bajarme del camión, teniendo trece años, lo único que pensaba era en los prometedores caballos que tenía el lugar y de cómo me habían dicho que podía montar uno de ellos en esos

días que pasaríamos allá. Pero cansada todavía por el viaje y con la mitad de la cabeza dormida, la atención la robamos mi otra prima y yo, y pronto los equinos quedaron en el olvido, al menos de momento.

Una de las nietas de Céfora tenía la piel del mismo tono moreno que yo y nuestras facciones nos hacían parecer hermanas, como si no hubiéramos nacido más de 640 kilómetros separadas una de la otra. Los parecidos físicos entre familia agradan y crean más lazos de los imaginables. Luego del episodio de reconocimiento facial, todos los viajeros fuimos a descansar.

\*\*\*

Ocho años después el mismo escenario se repetiría, sólo que en esta oportunidad éramos mi grabadora, mi equipaje y yo descendiendo del camión, y nadie más.

Urabá es una región de Colombia de tierra caliente, con un promedio de 27.4 °C anuales, más cercana al mar que a Bogotá y a otras zonas mucho más alejadas del país. Sólo 919 metros lo separan del gigante acuífero y estando rodeada por el océano Pacífico y Atlántico, es un punto vital y estratégico para el comercio pesquero, bananero, agrícola y ganadero. Políticamente hablando, representó –y representa aún- uno de los epicentros para los partidos políticos en Antioquía por su gran cúmulo de población y la historia de influencias y movimientos políticos que surgió y prevaleció en las instituciones.

Es fácil que, como tantas otras regiones rurales, Urabá caiga en la aparente indiferencia por parte del centro del país o se encasille como una zona insegura. Varias personas al conocer mi tema de investigación y al escuchar que haría un viaje al sitio, me advirtieron que tuviera cuidado y velara por mi seguridad. “Eso es muy lejos, ¿no? Y hay mucha guerrilla”, me dijo una amiga alguna vez durante una conversación al respecto.

La realidad de Urabá también era ajena a la mía. Es fácil que entre el mar de información que recibimos diariamente, olvidemos los detalles y haya pocas cosas que se perciban como de interés personal, que importen y que destaquen. ¿Por qué poner los ojos sobre Urabá y no sobre otra región? Si hay algo más generalizado que la pobreza en el mundo, es también el conflicto y la guerra. Tenemos antecedentes y varios siglos de historia para pensarlo así. Pero Urabá es algo local, algo dentro de los límites territoriales de un país que es mío y siento como propio. Y esta región sabía de conflicto, me generaba algo contrario a la indiferencia. Urabá cuenta con 465.642 personas inscritas en el Registro Único de Víctimas (RUV) de la Unidad de Víctimas, de las

cuales el 97% son del conflicto armado y sólo 11.201 sentencias han sido dictadas al respecto. Son cifras imposibles de ignorar.

Estaba dispuesta a confirmar mi interés sobre Urabá en una estancia de siete días allí. En el aire, un avión tarda una hora en sobrevolar la distancia entre Bogotá y Medellín mientras que por tierra, son necesarias ocho horas de viaje, saliendo desde la terminal de Transportes de Bogotá hasta la Terminal del Norte de la capital paisa. Desde las cuatro de la tarde y toda la noche, el bus se serpenteó entre la carretera pasando por San Francisco, La Vega, Villeta, La Dorada, Puerto Triunfo y otros municipios que quedaban atrás, dormidos y acobijados por la noche. El cambio de temperatura se siente en la piel y en la cabeza, mientras el bus se acerca a la Costa Atlántica, aunque el mar no es mi destino final.

Para cuando llego a Medellín, mi primo Miguel me recibe en el transporte, y el traslado de ocho horas por tierra vuelve a repetirse, esta vez en una carretera no del todo pavimentada, topándonos en el camino con San Jerónimo, Santafé de Antioquía, Uramita y Dabeiba. Antes, el trayecto constaba de cuatro horas más. Fue en los años recientes que se intervino el camino y el pavimento reemplazó al polvo en parte de la carretera.

—Tuvo suerte porque anoche llovió... Otros días el calor es insoportable —me dice Céfora, después de que le comento que esperaba de que el ambiente fuera mucho más caluroso. Las duchas no siempre ayudan a quitarse la sensación que deja la ropa húmeda después de una sesión de ejercicio.

Tuve suerte, en efecto. Pese a que estos insectos de cualquier manera hicieron guerra a los insecticidas, en esa semana llueve casi todos los días y convierte el aire en una niebla invisible y tibia. Una que vuelve a encenderse en la mañana pero que mientras dura, hace de las noches algo apacible.

La gente de Urabá, cálida y madrugadora, como es de esperarse, ya está acostumbrada al calor. Así que mis posibles quejas de cachaca sobre la temperatura, o sobre los mosquitos, o sobre la humedad y lo extraño que se me hace no tener el ruido de los automóviles, buses y personas que transitan de un lado para otro, pierden validez. Además, de que no todo es igual en Urabá. En la finca de Céfora, ubicada a unos 15 minutos en carro de Mutatá, un municipio en el noroccidente de Antioquía, aterriza más de un vecino y amigo de la familia y hay siempre comida para todos, pero la dinámica cambia cuando uno toma el volante y decide ir hasta los pueblos cercanos. Cuando me traslado a Apartadó en los siguientes días, allí me doy cuenta que

la tranquilidad de la finca se difumina para dar paso a las calles de un pueblo transitado y grande. El Apartadó actual difiere con los estereotipos que tenía preestablecidos. Luego de las advertencias de mis amigos y familiares sobre la zona, o sobre el hecho de viajar sin acompañante, pensé dos cosas.

Una, que se percibe a la Urabá rural como algo peligroso aún, como el de aquellas épocas en que sus estadísticas registraban tantos asesinatos, tantas masacres, especialmente en la década de los 90's donde la tasa de homicidios superaba a la tasa nacional, y dos, que era imposible que todo estuviera exactamente igual a como estaba hace 20 años, tiempo en el que las familias tenían que trasladarse a otros departamentos para escapar del conflicto, las escuelas eran escasas, el trabajo masivo lo daban las grandes multinacionales y marcas como los almacenes Éxito no existían. Estaba dispuesta a averiguar si estas percepciones mías eran ciertas.

En Apartadó hay incluso un nuevo centro comercial con cine y parqueaderos, de un solo nivel, que tiene un año de abierto. Cuenta con un almacén Olímpica, un restaurante Sandwich Qbano, 134 locales comerciales, y para las épocas de vacaciones, tendrá una pista de hielo. También hay construcciones de edificios en progreso, como un almacén Éxito y nuevos semáforos a lo largo de la vía principal, la que conecta al pueblo con Chirogodó y Mutatá. Incluso, está en proceso la construcción de una ciclovía que va desde la Alcaldía hasta una urbanización llamada Rosalba Zapata, de siete cuadras de distancia. Esos detalles me toman por sorpresa. Es la primera vez que veo semáforos en la vía principal, y como han pasado varios años desde que pasé por ahí, lo siento como una señal de progreso y de cambio. El pueblo también tiene varias sedes de entidades, como la de la Asociación de Víctimas de Antioquía, y la Unidad de Tierras tiene sus oficinas en un edificio bendecido por el aire acondicionado. Ambas son entidades que hoy tratan de reparar y de restituir a las víctimas de Urabá.

—¿Si vio el recibidor? —me pregunta María Eugenia, mi prima lejana, que trabaja allí hace más de un año. Ella se mudó de Chigorodó hace tres meses para estar más cerca de su trabajo, que desde su casa suman un trayecto de quince minutos a pie. —Eso está empapelado con todo eso del plebiscito y cuidado si uno dice algo en contra del acuerdo por allá.

Mi visita coincidió con fechas cercanas al histórico 2 de octubre de 2016, semestre en el que realice este trabajo de campo y también coincidió con el acto de perdón que las FARC realizaron por la masacre de La Chinita en 1994, hecho violento en el que 34 personas fueron asesinadas por miembros de las FARC. El caldeado ambiente político de esa época tenía enfrentados a dos

partidos de izquierda que se disputaban el poder político en las elecciones siguientes y dio como consecuencia este mensaje de barbarie y muerte. La ceremonia de perdón por este hecho fue a dos días del plebiscito. Este acto y los efectos que pudiera tener sobre las votaciones del plebiscito eran conversación corriente por esos días, en una zona que desde los años 20 fue de mucha agitación social, como lo contaba el premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez en su obra *Cien años de soledad*, refiriéndose a la masacre bananera.

Al final, en los resultados del plebiscito y, en contraste con el veredicto de los colombianos el pasado 2 de octubre de 2016 en el que venció el no, en estos municipios ganó el Sí. Un 56 por ciento de los votos en Turbo fueron al sí y en Apartadó, el 52 por ciento votó por la aprobación del acuerdo final de paz. En ese momento, no lo sabía. Convencida de que mantenerme neutral, políticamente hablando, sería lo mejor, en todas las oportunidades en que el tema salía a colación guardé silencio y me permitió ver caras de indignación de algunos residentes. “Pero si esa gente es guerrillera. Y cuando salgan, hasta sueldo les van a pagar por haber matado a toda esa gente”, decía uno de mis primos en la finca donde me quedé los primeros días. Otras de las víctimas que entrevisté, destacaban el valor del perdón y que a pesar de las atrocidades, estaban dispuestos a dejar atrás el pasado y aprobar el acuerdo. Se encomendaban mucho a Dios.

Días después, cuando regresara a Bogotá a ejercer mi voto, recordaría con nostalgia a aquellos que apoyaban férreamente el no, cuando fui a Urabá, porque fueron sus argumentos y sus percepciones las que se alzarían en el plebiscito. No sabría decir si fue la desinformación, la memoria, la negatividad, las intenciones de una justicia implacable u otros factores los que motivaron el resultado final del plebiscito. Pero me hizo reflexionar sobre la capacidad de polarización de la política en la población y de cómo, pese a los intentos, aún tenemos mucho camino por recorrer si queremos lograr la paz que llevamos años buscando. También me sorprendió que Urabá haya finalmente dicho sí al final de la guerra, siendo una de las regiones colombianas más afligidas por el desplazamiento y las masacres.

Dormiría en Apartadó, municipio motor del desarrollo de los del Eje Bananero, cuatro días antes de regresarme por donde había venido, otra vez por tierra, a ‘la nevera’. Recordaré a Mutatá y Chirogodó por brindarme el refugio cuando lo necesité. Recordaré a Apartadó y a sus calles llenas de gente trabajadora, de gente honrada, tranquila, reflexiva, interesada por el progreso de su pueblo y por las entidades que allí están radicadas como Asovima, la Unidad de Víctimas y la Unidad de Tierras, y sus esfuerzos por hacer de este municipio uno mejor.

Recordaré a Turbo y a Necoclí con su ambiente festivo, su gente alegre, su pescado con arroz con coco y gaseosa Fanta, su comercio vibrante y la camaradería en la plaza de mercado. Recordaré la carretera, las montañas verdes esperanza y los habitantes de Urabá, trabajadores incansables que se despiertan al alba todos los días para ganar el pan.

La gente tranquila y trabajadora es una de las características de la región. La esencia cálida, amable y animada de las personas que viven allí permanece pese al paso del tiempo y a la tragedia, algo que capturé en mi memoria caminando por la plaza de mercado. Varios ojos me miraron allí con curiosidad, pero sin hacerme sentir excluida o criticada y esa es la esencia de los pobladores de Apartadó.

Urabá es una región inocente, que tiene memoria y gentileza de sobra, demostrada en la sonrisa otorgada por un necocliceño un apartaseño cuando, sin reparo alguno, brindan indicaciones, refugio y comida a quien lo requiera. Sin dejar de lado la curiosidad por preguntarle al forastero cómo es vivir en las grandes ciudades. El camino que la región bananera recorre actualmente es uno de progreso y de cambio, con megaproyectos como el Túnel del Toyo que tiene un costo de \$1,84 billones. Es un territorio que quizá esté fuera de la vista pública en los medios, pero que no dejará de cambiar e ir hacia adelante. Para bien o para mal, sus pobladores serán los que tendrán el veredicto sobre su municipio.

### **Nuevo Urabá**

Es deber de cada quién juzgar si se puede de hablar de un “Nuevo Urabá”, ahora que han pasado los años y nuevos tiempos han llegado al país, ahora que el Gobierno de Presidente Juan Manuel Santos y las Farc han firmado la paz y, pese a los resultados desfavorables del plebiscito del 2 de octubre, estamparon su firma para sellar la paz y, por tanto, la dejación de armas por parte de este grupo guerrillero. Los habitantes de la región son los principales jueces de ese concepto y algunos testimonios pueden dar pistas sobre el veredicto. Son los pobladores de Urabá, los antiguos y los nuevos, quienes trazan el camino del pasado y hacia el futuro. Los pueblos y su gente han cambiado porque la vida sigue y no se detiene ante nadie. Pero las percepciones sobre ese potencial cambia en los ámbitos social o económico, varían y algunos se aferran a la nueva esperanza que proporcionan el incremento del comercio y la firma de nuevos acuerdos de paz. Otros se apegan a lo que no olvidan, al pasado, a los prejuicios y a sus creencias y principios, siéndoles así difícil aceptar las iniciativas que no concuerden con éstas.

Es un hecho, sin embargo, que el panorama que se aprecia desde Mutatá, el principio del eje bananero de la región, es dinámico, cambiante y despierto desde antes de que llegue el sol. El horizonte que se aprecia es como el de cualquier colombiano, en un país como el nuestro que gastó 139.481 millones de dólares para combatir la violencia el año pasado, según Global Peace Index. La lucha contra las consecuencias del conflicto y los grupos ilegales continúa, pero mientras algunos habitantes atribuyen ese cambio al empuje de los habitantes, otros alegan factores diferentes.

—La seguridad acá no nos la brinda la Policía. Prácticamente esa nos la brindan los grupos al margen de la ley. Los que nos ayudan con los ladrones, los que nos ayudan cuando alguien está haciendo cosas indebidas. La Fuerza Pública... ven que están matando a una persona y antes se esconden para que no los maten a ellos —dice Gustavo Rojas. Él es un empresario y comerciante de 36 años, que se mueve entre pueblos del eje bananero, trabajando en el sector camionero. Como habitante de Apartadó, ha vivido en carne propia lo que es el miedo a lo inesperado, sabiendo que en cualquier momento podría ser víctima de las retaliaciones de la guerrilla o de los paramilitares. Los pecados del padre son los pecados del hijo, o del tío, o de cualquiera que estuviera relacionado con el actor intelectual del crimen o de la traición.

—En Urabá hay que saber vivir: no meterse con nadie, no hacer cosas mal hechas y dedicarse a lo que uno tiene que hacer —afirma Gustavo, mientras viajamos en la cabina delantera de un camión. Varios nubarrones se esconden entre las montañas a lo lejos y la carretera, esta última pareciese extenderse infinitamente frente a nosotros, desaparece detrás de las ruedas del camión.

Hace dos años, Gustavo tuvo un accidente de moto. La mujer de uno de los jefes de las autodefensas lo atropelló, pero como su moto no tenía seguro, inicialmente no iban a atenderlo en el hospital. Sin embargo, el jefe de las autodefensas presentó el SOAT de él para que a Gustavo consiguieran atenderlo y, a través de él, también le devolvieron su moto. Aunque el proceso de recuperación fue extenso, al cabo de varios meses su pierna sanó en su totalidad. Dice que esa es una prueba de “saber vivir” en Urabá, de hacer lo que uno tiene que hacer y de que las autoridades oficiales, en su opinión, no son quienes ofrecen la ayuda.

—Si no hubiera sido por él, nunca me hubieran atendido —afirma él encogiéndose de hombros. —Al que conocen por bueno, siempre lo van a tildar de bueno y eso me pasó a mí.

Gustavo, también conocido como ‘Colacho’ a veces hace de árbitro de fútbol en algunos pueblos de la región y ha adquirido popularidad gracias a eso. Ser referi le salvó más de una vez

en meterse en problemas, como él lo dice, y aunque nunca le dio una posición privilegiada en los pueblos, sí hizo que más de uno pueda reconocerlo al verlo en la calle. Fue su relación con la comunidad y la fama que tiene dentro de su gremio, que mermó sus posibilidades de ser una más de las víctimas de las múltiples masacres y asesinatos ocurridos en el Urabá. Por eso, las instituciones no representan para él una fuente de confianza, en tanto han estado ausentes cuando eran necesarias. Su desconfianza hacia estas se extiende a varios aspectos como el plebiscito y su juicio sobre la gestión de los últimos presidentes de cara a la región.

—Ahí hay mucho, mucho gato encerrado —afirma mientras se pasa el dedo índice por el bozo, para limpiarse el sudor. Van a ser las cinco de la tarde y pese a la más reciente llovizna, el calor asciende por las ventanas a medio abrir del camión. Sólo el viento ayuda con la temperatura. —Eso demuestra que en este país ser terrorista sí paga. Yo no estoy de acuerdo con lo que haga ese Presidente.

Pese a las amenazas y el miedo, y a que tiene familia desplazada por la violencia, Gustavo jamás consideró irse de su pueblo.

\*\*\*

—Yo creo que esos paramilitares han matado más que todos esos de las guerrillas —me dice la mujer mientras me entrega una gaseosa Pony Malta. —Si usted era una guerrillera e iba a frecuentar ciertos negocios o ciertas tiendas, quedaba fichada.

Luz Elena Úrsula Alcaráz, tal como se presentó con su nombre completo, tiene una tienda donde vende cerveza, jugos, refrescos y algunos productos de paquete. La plaza de mercado de Apartadó está rodeada de camiones desde la madrugada y largas filas de tiendas, de toda clase, la componen. Hierbas naturales, por un lado; restaurantes, por el otro; tiendas de ropa deportiva en un costado; tiendas de cerveza pequeñas en el lado contrario. Es un laberinto de comercio, tan grande como una cuadra y donde en cada esquina se encuentra algo diferente. Ojos curiosos reciben a los extraños. Son clientes que juegan parques en la entrada de los restaurantes improvisados, usando camisas blancas y pantalones oscuros mientras se toman su caldo de costilla antes de empezar el día.

A Luz Elena me la encontré en mi recorrido por el lugar. Siendo temprano en la mañana, estaba ocupándose de limpiar su tienda cuando aparecí. Pasaba un trapo por las mesas, revisaba

el congelador y acomodaba las pocas sillas que podía ubicar dentro, y otras varias que pondría afuera, por la falta de espacio, bajo un toldo de plástico negro que, si la lluvia no se iba, se quitaría ahí, hasta que fuera necesario. Luz Elena nació en Cañasgordas, pero siendo muy pequeña, su familia se trasladó a Apartadó. De eso han pasado 52 años, y dentro de ese tiempo, hace 25 que su hermano Gerardo Antonio Úrsula Alcaráz fue asesinado.

—En aquel entonces, la gente no podía trabajar allá, en el Ejército —dice ella asintiendo con la cabeza lentamente. —Y el que pagaba servicio y le daban licencia, había que esconderlo porque lo mataban. Al hermano mío, lo mató la guerrilla.

A Gerardo lo cogieron llegando a la casa, cuando ni siquiera eran las seis de la mañana; recibió una bala y su cuerpo fue encontrado al día siguiente. Pero a Luz Elena la violencia no la obligó a desplazarse a otra región; fue una idea que no tuvo cabida en su cabeza. El barrio donde vive no recibió los impactos más fuertes de las masacres y si hay algo que contraatacar actualmente, es la delincuencia común. Los ladrones los tienen azotados.

Después de parar con su trabajo de limpieza, Luz Elena se acomoda en una silla de plástico frente a la mía y recuesta el brazo sobre la mesa. Me aclara que son otros los lugares donde era más común escuchar que el tío, primo, esposa, hijo, sobrino o abuelo de alguien había sido asesinado.

—No me tocó lo de mi hermano otra vez, pero por allá en Policarpa, Alfonso López, Santa María... por allá en El Obrero, allá sí fue terrible —señala con el brazo hacia la entrada de la tienda, más allá, como si pudiéramos ver las casas y a sus habitantes desde nuestra posición. Fue terrible. Más adelante es ella quien trae el tema del plebiscito a colación y aprovecho para preguntarle qué opina al respecto. Me contesta muy decidida, que votará por el sí.

—Y la guerrilla me mató un hermano, pero ellos también tienen derechos —explica ella, hablando sobre los guerrilleros. —Usted no puede hacer que el rencor llegue a su corazón y eso de vivir así... no es pa' mí. Dios algún día va a apiadarse de ellos.

### **El perdón de La Chinita**

La masacre de La Chinita, en el barrio Obrero del municipio de Apartadó, era una muerte anunciada. Desde la Navidad del 93 repartieron panfletos avisando a las posibles víctimas de una de las masacres más recordadas del país. El 23 de enero de 1994, 35 personas fueron asesinadas por el Frente V de las FARC, por sospechas de que pertenecían al partido político Esperanza, Paz

y Libertad, un movimiento con orígenes guerrilleros que competía por el poder político en la zona. El barrio Obrero de La Chinita era una zona de ocupación que en un principio pertenecía al empresario Guillermo Gaviría, oriundo de Medellín. Después, Gaviría vendió las tierras a la gente que vivía allí, sin los servicios públicos básicos y convirtiéndose en uno de los sectores más pobres de Apartadó, construido por civiles y miembros de Esperanza, Paz y Libertad. Se trataba de guerrilleros que en ese entonces se dedicaban a la política y que en ese enero de 1994, provocó a las FARC para cometer la masacre.

—Sesgadamente están decían que la masacre de La Chinita fue un parto de mula, que ni ellos se lo creen. Pero fue una persecución contra el movimiento EPL por parte de las FARC. Fue una persecución sistemática —dice Ciro Abadía. Él dirige Asovima, la Asociación de Víctimas de Apartadó que empezó como una organización con los familiares de las víctimas de La Chinita y luego se expandió a más zonas de Antioquía. Ciro afirma que fue Asovima la organización que gestionó la solicitud para que el grupo guerrillero de las Farc, hiciera un acto de perdón en Apartadó el 30 de septiembre de 2016.

—No estamos pidiendo perdón por las 35 víctimas de La Chinita solamente... sino por todas las víctimas. Hoy no es pelear por pelear, porque el Estado no fue capaz de pelear con ellos ni ellos con el Estado. Por eso les tocó sentarse a dialogar, pero deben dialogar con la verdad —enfatisa esa última palabra con energía. Las víctimas piden la verdad y Ciro insiste en que el crédito de la idea inició con Asovima y fueron otras organizaciones las que se unieron en el proceso.

Después de la masacre, La Chinita vivió un proceso de estigmatización. Los bancos preferían no otorgar créditos por miedo a que después les fuera imposible pagar si eran víctimas de una masacre. Nadie prestaba dinero y sus pobladores, que con ese dinero podrían construir sus casas y mejorar la infraestructura de las mismas, se incluyeron dentro de una zona discriminada y señalada como muy peligrosa. Mucha gente abandonó el pueblo desde las muertes de La Chinita.

—Nosotros sólo queremos vivir en paz y las FARC vengan a resarcir, a cumplir. Porque deben reconstruir lo que no pudimos seguir construyendo, luego de las masacres de nuestro barrio. Los empresarios decían “No, no le presto. Porque si a usted lo matan mañana, ¿a mí quién me paga?” —afirma Ciro.

Una de las promotoras del proceso de reparación y reconstrucción del tejido social involucra a Paula Gaviria, directora para este momento de la Unidad de Atención y Reparación Integral a las

Víctimas; y otras varias instituciones han continuado apostándole al proyecto con inversiones y programas. El director de Asovima señala que aunque han conseguido logros, como una junta comunal en constante funcionamiento, la construcción de una cancha y el mejoramiento de la casa de la tercera edad, el cumplimiento de los compromisos en los acuerdos debe ser una prioridad. Se ha hecho mucho, pero hay mucho más por hacer. Porque a partir de la masacre y la violencia, cambió la rutina de la región para siempre.

—Nosotros no teníamos agua, no teníamos luz. Los bananeros nos regalaban los postes para poder meter la energía, pero no había alcantarillado. Cada ocho días nos reuníamos todos para hacer minga y reunir el agua. Pero luego de eso, se desbarató todo un proceso organizado, urbanizado, que estaba echando pa' arriba. Lento, pero estaba progresando en el barrio.

La fecha del acto de perdón no fue una realidad hasta dos semanas antes del evento. Pese a que el plebiscito pereció por la mayoría de los votos de los colombianos en su contra, en ese momento nadie en Apartadó sabía lo que sucedería en pocos días. Lo único relevante esa mañana de septiembre, era que veintidós años después luego de la masacre, los pobladores de La Chinita marcharon por las calles de Apartadó hasta el colegio San Pedro Claver, donde los victimarios y los familiares de las víctimas se reunirían en un solo lugar. Los asistentes, vestidos con camisetas blancas, caminaron por las calles llenas de barro y piedras, pidiendo justicia y verdad, hasta llegar al punto final de la marcha alrededor de las doce del mediodía. Humberto de la Calle, jefe de la delegación del gobierno en los diálogos de La Habana, así como el alcalde de Apartadó, Eliécer Arteaga estaban presentes, acompañados de los familiares de las víctimas. Allí, en el coliseo del colegio, la delegación de las Farc habló.

—Hemos venido a La Chinita, 22 años después, de aquel triste 23 de enero, con el corazón compungido, a pedirles perdón con humildad, por todo el dolor que hayamos podido causar en el transcurso de esa guerra — dice frente a una multitud moderada 'Iván Márquez', que tras su paso por la guerra acuñará su verdadero nombre Luciano Marín Arango. —Pero aquí estamos para responder.

### **Conclusiones:**

El principal objetivo de este trabajo de grado consistía en colocar una lupa sobre el eje bananero de la región colombiana del Urabá, con el fin de observar la construcción de memoria a

partir del conflicto armado. Uno de sus simbolismos más importantes de este proceso incluía la masacre de La Chinita, una retaliación de la guerrilla para debilitar al partido político, Esperanza, Paz y Libertad que estaba cobrando fuerza en la región por medio de la política. El actual trabajo de grado pretendía quitar ese velo y resolver las preguntas y estereotipos que existían sobre Mutatá, Chirogodó, Apartadó, Necoclí y Turbo, municipios golpeados por la guerra entre las guerrillas y los paramilitares en los últimos 25 años.

Estos estereotipos y cuestionamientos hacían referencia al progreso de la región, el resarcimiento de las víctimas, la percepción del pueblo sobre su propia realidad y sobre su pasado. Lo principal, más que conectar preguntas con respuestas definitivas, tenía que ver con la intención de conocer una realidad alterna a la acostumbrada, esperando que la experiencia diera luces sobre lo que significa ser una víctima del conflicto armado en Colombia.

La pluralidad de testimonios es notable y este trabajo pretendió condensarlas dándoles voz a los personajes más representativos, que fueran símbolo de esa variedad de opiniones que se gesta todos los días en Urabá desde sus protagonistas cotidianos. Existen víctimas que comparten la visión de Luz Elena Úrsula, es decir que a grandes rangos están de acuerdo en que el rencor es algo a evitar, algo que prefieren mantener alejado a la hora de reflexionar sobre sus experiencias y tomar decisiones con base en ello. Esta conclusión la apoyan Silvia Berrocal, líder comunal, y Diana Hurtado, familiares de las víctimas de las masacres. Silvia perdió a un hijo en la masacre, y en una conferencia de prensa organizada días antes del acto de perdón dijo que el rencor y el odio no son la salida. Esa expresión de la esperanza denota las intenciones de un pueblo de perdonar, pero también de un sector que busca resarcimiento.

Ciro Abadía, director de la Asociación de Víctimas de Apartadó, fue uno de los defensores del sí del plebiscito, pero con garantías. “Aquí no hay que venir a decir perdón y ya. Hay que reconstruir el tejido social que ellos querían construir antes de la tragedia”, afirmó el portavoz de este sector de víctimas en tono firme cuando se le preguntó al respecto. Mientras que el habitante del común tiene sus opiniones propias sobre si las guerrillas o no pueden integrarse a la vida civil, entre otras preguntas, el resarcimiento es un asunto importante, que se busca luego de la tragedia y que debe trascender más allá de las palabras del perdón.

En Urabá no se busca que la guerra siga ni que más víctimas engrosen organizaciones como Asovima en busca de ayuda o refugio en los proyectos sociales que adelantan. Existe la voluntad de mejorar los entornos sociales de la comunidad a partir de peticiones al Estado, programas,

reuniones, juntas comunales e iniciativas como las que desarrolla esta asociación. Pero el perdón otorgado en actos como el que realizaron las Farc en septiembre de 2016, denota también que se busca que los grupos armados aporten a la reconstrucción del tejido social de la comunidad. No se trata sólo del indulto otorgado, sino de que este perdón sea sincero por parte de los victimarios y exista también una contribución de cualquier tipo a las víctimas y a los pueblos que padecieron la violencia.

Hay también un rechazo a las autoridades como la Policía, el Ejército y al mismo Gobierno. La población no siente protección alguna por parte de estas instituciones. Lisney Taborda, una de las entrevistadas, trabaja atendiendo una tienda de Currulao, un corregimiento que hace parte de Turbo. Lisney y su familia fueron desplazados por la violencia y en 1994 decidieron irse a vivir a La Dorada, en Caldas, luego de que la inseguridad en el municipio empeorara y las masacres se hicieron más comunes. Las pancartas que amenazaban con una limpieza social, además del temor de que por alguna desinformación se asesinara a uno de sus familiares, hicieron que tomaran sus cosas y que regresaran hasta tres años después, por no perder la tierra que poseían en el corregimiento. Lisney votaría no en el plebiscito del 2 de octubre porque no estaba de acuerdo con muchas de las políticas de gobierno del presidente Santos y la cobertura en salud, además del abandono del Estado cuando su familia se desplazó. Estos factores determinaron su voto. “No quiero votar por alguien que no ha hecho nada por nosotros en todos estos años”, declaraba ella.

Su postura, aunque inexacta –dado que no apunta a las razones en contra del plebiscito, sino en contra del Presidente que lo promovía y sus políticas en sus seis años de mandato-, refleja el inconformismo de algunos habitantes que han salido adelante a través de su trabajo, sin ayuda de entidades gubernamentales que subsanen los perjuicios indirectos o directos. La falta de apoyo del Gobierno, parcial o completa, en sus comercios o gremios de interés, especialmente en los años 90 donde la presencia policiaca en contra de la inseguridad era comprada de antemano por los grupos ilegales, ha dejado huella en los habitantes de Urabá. Como en el caso de Lisney o Gustavo Rojas, esa resignación es evidente como una manera de conexión negativa entre el pueblo y el gobierno. Incluso esa resignación a veces se convierte en indignación, con políticas como el plebiscito o de infraestructura, como poner un peaje. “Como si no tuviéramos ya suficiente, ahora quieren poner dos peajes más de Apartadó a Necoclí”, se quejaba Miguel Díaz, junto con Adonay Morales, dos conductores de camión que trabajan con Gustavo en el gremio

camionero. En efecto, según información de la Agencia Nacional de Infraestructura, habrá uno entre Turbo y Necoclí y otro entre Turbo y Chirogodó.

Estas tres posturas reflejan las dinámicas más generalizadas en las que estos antioqueños se mueven de manera social y de manera política en relación con la memoria. Algunos quieren perdonar, otros perdonar con garantías y otros prefieren recordar lo ocurrido como una forma de advertencia para ellos mismos de que no deben confiar. Dentro de todo existen las intenciones de seguir adelante, y continuar hacia el desarrollo de una región próspera y tranquila, donde los dineros públicos contribuyan al crecimiento de la infraestructura de la zona, a los colegios, a los hospitales y al comercio. Urabá es ahora un rompecabezas de elementos antiguos, de elementos nuevos y de elementos humanos que conforman una imagen llena de riqueza cultural. Sus habitantes representan al colombiano emprendedor y tranquilo, al cual ni la tragedia ni el dolor tumban y que dentro de nuestro contexto social, no deben ser olvidados.

En lo personal, este trabajo de grado constituyó un reto como estudiante de comunicación y como colombiana. La región de Urabá es una cuya historia cuenta con una profunda complejidad, donde cada situación y cada dinámica poseen sus propias características. Hay más de lo que se muestra en la superficie y son diferentes actores, tanto económicos como sociales y políticos, quienes influyen y mueven la Urabá que pretendía conocer y la que conocí en la actualidad. Lo más importante fue conocer el panorama general. Sin llegar a oír las diferentes voces que se alzan al referirse a mismo hecho o situación, era imposible tener la imagen más clara posible sobre la región. Esta intención de clarificar el contexto que, a momentos, convirtió este trabajo de grado en un reto de mayores proporciones pero que lo convirtió también en una gran oportunidad para conocer otras realidades y la historia de nuestro país desde otras perspectivas, muy diferentes a las acostumbradas.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

- Fisk, R. (2005). *The Great War for Civilisation: The Conquest of the Middle East*. Fourth Estate.
- Gobernación de Antioquía. (2013). Evolución demográfica de las subregiones de Antioquía. Secretaria Seccional de Salud y Protección Social de Antioquía. Recuperado de: <https://www.dssa.gov.co/minisitio-dssa/index.php/diagnostico-de-la-situacion-salud/evolucion-demografica?showall=1&limitstart=>

- Hernández L., (2011). Violencia simbólica, comunicación en conflicto y movimientos sociales. Trabajo de grado. Pontificia Universidad Javeriana.
- Jiménez, J. (17 de febrero de 2016). ¿Peajes en Urabá?... Ah bueno. *De la urbe, periódico universitario de la ciudad*. Recuperado de:  
<http://delaurbe.udea.edu.co/2016/02/17/peajes-en-uraba-ah-bueno/>
- Mora Cortés, A. M. Conflicto, violencia socioeconómica y desplazamiento forzado en Colombia. Cuadernos de economía (Santafé de Bogotá), ISSN 0121-4772, Vol. 32, N°. Extra 61, 2013 (Ejemplar dedicado a: Inequality, Polarization and Social Conflict), págs. 721-754
- Nullvalue. (16 de febrero de 1991). EPL firmó acuerdo de desmovilización. *El tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-26917>
- Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (2006). Dinámica reciente de la confrontación armada en el Urabá antioqueño. Vicepresidencia de la República. Bogotá.
- Ortiz, C. (2007) Urabá pulsiones de vida y desafíos de muerte. Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Medellín. La Carreta Editores.
- Palacios, M. (1995). Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 – 1994. Bogotá, Colombia. Editorial Norma S.A.
- Pécaut, D. (2003). Violencia y Política en Colombia. Elementos de reflexión. Medellín, Colombia. Hombre Nuevo Editores, Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.
- Redacción. (2011). Muerte a secuestradores MAS: Los orígenes del paramilitarismo. Portal Verdad Abierta. Recuperado de:  
<http://www.verdadabierta.com/victimarios/244-la-historia/auc/3556-muerte-a-secuestradores-mas-los-origenes-del-paramilitarismo>
- Redacción. (25 de enero de 2015). Víctimas de La Chinita esperan explicaciones de las FARC. *Portal Verdad Abierta*. Recuperado de:  
<http://www.verdadabierta.com/procesos-de-paz/farc/5585-en-barrio-la-chinita-exigen-la-verdad-a-las-farc-sobre-masacre-de-1994>

- Redacción. (8 de junio de 2016). Violencia dejó pérdidas por más de US\$ 140.000 millones en Colombia. *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/costo-de-la-violencia-en-colombia-en-2015-informe-global-peace-index-/16614570>
- Reyes, M. de los Á. (30 de septiembre de 2015). Veinte años de una guerra sin límites en Urabá. Portal Verdad Abierta. Recuperado de: <http://www.verdadabierta.com/desde-regiones/5996-veinte-anos-de-una-guerra-sin-limites-en-uraba>
- Staff ¡PACIFISTA! (23 de diciembre de 2015). La Chinita y el amargo recuerdo de una amenaza en Navidad. ¡PACIFISTA! Recuperado de: <http://pacifista.co/la-chinita-y-el-amargo-recuerdo-de-una-amenaza-en-navidad/>
- Stead, W. T. (1886) "Government by Journalism", *Contemporary Review*.
- Suárez, A. Identidades políticas y exterminio recíproco: Masacres y guerra en Urabá 1991-2001. Medellín, La Carreta Editores EU, 2007.
- Value N. (10 de noviembre de 1997). Urabá es territorio ganado. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-663890>
- Value, N. (21 de abril de 1996). Tensión en Urabá por atentado. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-284624>
- Villa Gómez, J. D. (2014). Recordar para reconstruir. Universidad de San Buenaventura. Medellín.